

CIUDADES PRECOLOMBINAS Y ACRÓPOLIS ARTIFICIALES*

Paul Gendrop (*)
y Alejandro Villalobos

Mudas las ciudades precolombinas de la América Central, nos cuestionan. Casi Tanto que sus asentamientos fundados sobre terraplenes y reconstrucciones, ininterrumpidas a través de los siglos, hacen, de una modesta plataforma ceremonial, una acrópolis gigantesca. (N. del Ed.)

Cuando uno se refiere al México antiguo, o con mayor exactitud a la Mesoamérica Precolombina, uno experimenta generalmente, una cierta resistencia a aplicar el término de “ciudades” a gigantescos conjuntos de ruinas abandonadas por sus pueblos. Con toda certeza, uno se complace en el mejor de los casos hablar de “circuitos ceremoniales”. O si esto es cierto, que en este fenómeno mesoamericano, pondera en general el aspecto religioso y que las estructuras del modo de vida, son otras que las del mundo occidental, no obstante, parece difícil de negar que contribuyan a hacer de conjuntos semejantes, un caso bastante particular.

* Título original: Cités Précolombiennes et Acropolles Artificielles, Publicado en la Revista Urbanismo No. 222 de Noviembre de 1987, en París, Francia.

+ Paul Gendrop Francotte (1931-1987) Profesor e Investigador de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Arquitectura; este artículo apareció de forma póstuma.

NACIMIENTO DE GIGANTESCAS ACRÓPOLIS DE LA ERA MAYA

De primera impresión, pareciera que el embrión de estas “ciudades” se forma esencialmente alrededor de un eje donde domina el cerro, puede ser que un altar o una futura pirámide. Nada tan elocuente en ese sentido, que los diez u once siglos de terraplenes y de reestructuraciones ininterrumpidas, hacen de una modesta plataforma ceremonial de Tikal, una gigantesca “Acrópolis” artificial. Y si le echamos un vistazo a los 16 Km² de la parte central de Tikal, hacia el año 800 de nuestra era, reaprecia que durante ese milenio de intensa actividad, la selva tropical ha sido completamente reemplazada por los voluminosos conjuntos arquitectónicos dulcemente enlazados entre ellos por vastas explanadas, plaza y calzadas.

A pesar de una traza urbana suave, orgánica y adaptada a un terreno irregular y por lugares pantanosos, conjuntos similares se han convertido en lugares de espera, a donde acuden los habitantes. A medida que uno se aleja del centro de la ciudad, mismo que se encuentra delimitado por una excepcional concentración de plataforma que sirven de cimentación de varios templos o palacios.

Amenazado por un tiempo, la selva tropical se ha aclarado, convirtiéndose en el telón de fondo, lista a volver a reclamar sus derechos al más mínimo debilitamiento de la estructura social de sus ocupantes. Mientras se mantenga ese delicado equilibrio, los grandes espacios abiertos

seguirán atrayendo regularmente a multitudes que asisten a las ceremonias, a los bailes, a las procesiones o rituales, a intercambiar los productos en la plaza del mercado o a arreglar algún asunto público o privado. Estos eran, en efecto los principales atractivos y la razón de ser de estas grandes concentraciones precolombinas. Las manifestaciones religiosas –así como la mayor parte de las actividades del grupo- se efectuaban al aire libre, una de las principales constantes urbanas era precisamente ese ingenioso encanto de los espacios públicos abiertos.

Adaptada a este tipo de terreno difícil la traza urbana –lo hemos visto en Tikal- ofrece de primera impresión un aspecto anárquico de irregularidad.

Sin embargo, nada más orgánico, como la remarca Hardoy (1964:294), como los grandes ejes de composición, que aunque aparentemente caprichosos, descansan siempre en un sitio importante: templos, grupo ceremonial, etc... Este principio, que es particularmente visible en Tikal o en otras ciudades mayas, como Yaxchilán o Uxmal, es por otra parte, aplicable al conjunto de Mesoamérica, o según las condiciones topográficas, ecológicas (a veces, las necesidades estratégicas o simplemente la voluntad de sus creadores) el trazo urbano oscila entre la aparente libertad y el rigor geométrico.

ORIENTACIÓN DE LAS CIUDADES, SEGÚN LOS PUNTOS CARDINALES

Ya las primeras aglomeraciones olmecas del año 1000 antes de nuestra era (como San Lorenzo y La Venta) muestran una tendencia a orientar los principales volúmenes arquitectónicos, considerando los puntos cardinales, afirmando, posiblemente desde esta época la vocación a la astronomía de los pueblos mesoamericanos. Esta tendencia, en la mayoría de los casos, será subyacente (es el caso de los “conjunto gemelos” de Tikal; o en los conjuntos de género “Grupo E” de Uaxactún).

Pero, salvo una traza urbana de un rigor extremo, como lo de Teotihuacan en la “Calzada de los Dioses”, domina una traza muy suave, en grados diversos. Así en Yaxchilán, donde las construcciones se despliegan paralelas a la ribera derecha del Usumacinta donde se cuelgan de las principales colinas adyacentes, aquí la ortogonalidad está prácticamente cediendo el lugar a sutiles relaciones visuales de un edificio a otro.

Es curioso remarcar en este punto, la importancia que, en este esquema presentan los dos terrenos del juego de pelota, así como el extraño pilar que emerge del río, no lejos de la ribera, como lo ha hecho notar Hartung.

En Uxmal, donde un terreno relativamente plano (más rugoso) permite cierta regularidad, esto último acentuado por fachadas muy alargadas y por la disposición en cuadrilátero de varios de los conjuntos arquitectónicos, las relaciones establecen entre el

equilibrio de la fachada y un relieve, o bien entre un ventanal y otro.

Al oeste del Área Maya, en la región del Golfo de México, el Tajín muestra a su lado un trazo que presenta a través de los 12 ó 15 siglos de su evolución (300 a.C. – 1200 d. C.) una adaptación muy suave en las principales irregularidades del terreno.

El eje inicial (esencialmente norte – sur) de la ciudad baja se dirige hacia la base de la gran explanada del Tajín Chico –como si descansara contra ella- con una desviación de 36° hacia el noreste con el desarrollo urbano, casi por completo dirigido hacia el este.

Podemos imaginarnos (en *Teotihuacan*) las procesiones y ceremonias donde participaban multitudes de peregrinos provenientes de todas las regiones de mesoamérica: la escala monumental de estas grandes arterias, de estas plazas, el nombre mismo de los conjuntos arquitectónicos con vocación ceremonial, la sucesión rítmica de estas majestuosas pirámides formadas con graderías donde reina la impecable, rigurosa silueta de los tableros, constituye en fondo digno de esta “Ciudad de los dioses”.

Y detrás de este gigantesco conjunto ceremonial, toda una red de calles y callejones en una retícula irregular aunque trazada a los ángulos derechos.

Los cursos de agua, que como el Río San Juan, atraviesan la ciudad, se desvían para que puedan adentrarse al conjunto, y no satisfechos de establecer en la mejor tradición mesoamericana, asombrosas relaciones visuales

entre los principales edificios, los teotihuacanos hacen partícipes incluso a las montañas que delimitan el horizonte, es decir, la parte visible de esta porción del universo...

PARCELAS, TRABAJOS HIDRÁULICOS, ESPACIOS PÚBLICOS, SON LOS FUNDAMENTOS DE LA PERMANENCIA DE LA VIDA.

Magistralmente adaptada a un medio lacustre, la capital azteca México-Tenochtitlán retomará ciertas características desarrolladas en Teotihuacan bastantes siglos atrás.

Tomando como punto de partida unos dos siglos antes de la llegada de la conquista española, donde delgados islotes emergían del Lago de Texcoco, los aztecas supieron hacer de esta ciudad, a medida que sus dominios crecían, la capital de este nuevo imperio, ahora con un nuevo sentido mucho más belicoso. En efecto, en un lapso de menos de un siglo que Tenochtitlán va dirigiendo el aspecto que conoció Cortés: abastecido de acueductos y conectado a la tierra por largas calzadas, lleno de puentes escamotables, avenidas, chinampas y parcelas sobre el lago y bordeadas de una doble red de callejuelas y canales.

Para poder penetrar mejor en el espíritu del urbanismo azteca conviene remontarnos a los fundamentos de la mente cosmológica de este pueblo.

En la mitología azteca, el universo se divide en cuatro espacios orientados (cada uno presidido por

una divinidad tutelar de cierta jerarquía) encerrados en un quinto espacio central donde se encuentran los dioses, la morada de los humanos.

Este principio no es únicamente la base de la teología azteca, sino que se realiza en una plaza urbana cuadrangular con un recinto sagrado en el centro, núcleo de la capital azteca, así como una división del espacio periférico en cuatro distritos (o barrios) donde los diversos patronos coinciden con cada uno de los puntos cardinales.

En cuanto a la distribución urbana, dominan tres consideraciones esenciales: las limitantes de la superficie, debido a su condición de isla, los trabajos públicos y el espacio central destinado al recinto sagrado.

El primer problema se resuelve dentro de un sistema planificado de crecimiento territorial, establecido por el Tlatocalli, o “Casa Principal” de un barrio. Esto observa la disposición de las chinampas, regulando el empleo de ellos en cuanto a parcelas autosuficientes en dimensiones invariables, determinadas por el uso y que, dicho sea de paso, permanecerán durante la colonia española.

Los trabajos públicos eran considerados dentro de los elementos primordiales para asegurar la permanencia de la ciudad, así como en nuestros días los trabajos de infraestructura permiten el buen funcionamiento de toda planeación.

En el caso de los aztecas, estos trabajos comprendían dos aspectos principales: los trabajos hidráulicos,

los espacios públicos. Entre los primeros figuraban los acueductos que transportaban el agua potable de Chapultepec a la capital, los muelles, desagües de irrigación, canales navegables, puentes escamotables, así como el dique de casi 25 km. de largo, que separaba las aguas dulces de México de las aguas saladas de Texcoco.

LA CIUDAD ESPAÑOLA OCUPA LOS ESCOMBROS DE LA ANTIGUA CIUDAD AZTECA

Finalmente, los espacios públicos se componían de un encadenamiento de comunicaciones terrestres y plazas donde podían efectuarse las actividades colectivas de carácter comercial, cívico o religioso, en el cual el recinto sagrado era tanto el núcleo como el punto de partida de la plaza urbana el esquema radial.

Manifestación de un poder central de tendencias netamente imperialistas se refleja en el rol del pueblo azteca como elegido de Huitzilopochtli, el dios azteca elevado al rango de Dios del Sol y de la Guerra. Es por esto, que aún después de la conquista española, este recinto sagrado, delimitado por el Coatepantli o “Muralla de las serpientes” era objeto de mejoras incesantes.

Desde la implantación de la ciudad española sobre los escombros de la capital (a pesar de las descripciones y los planos transmitidos por los cronistas del siglo XVI), es difícil reconstruir este recinto sagrado. Conviene sin embargo, mencionar entre las tentativas realizadas en ese sentido, la maqueta de Ignacio Marquina (hacia 1960), así como el

plano elaborado en 1982 que contaba con una serie de nuevas donaciones, gracias a los trabajos llevados a cabo en los últimos tres años, en el centro de la ciudad, así como por las excavaciones del Templo Mayor.